

El universo a debate. Una introducción a la filosofía de la cosmología

Autor / Author

SOLER GIL, Francisco José

Editorial / Publishing company

BIBLIOTECA NUEVA, Madrid 2016

Es un libro de filosofía de la cosmología, no de cosmología física. Se trata de la ciencia de moda a nivel divulgativo y especulativo para el gran público. Trata de entender la relación entre ambas disciplinas. Analiza los conceptos y los supuestos precientíficos que se encuentran en la base de la cosmología física, el puesto que ocupa esta materia dentro de las ciencias naturales; las distintas posibilidades interpretativas de los modelos del universo proporcionados por dicha disciplina y las consecuencias que se derivan de los distintos modelos cosmológicos para nuestra imagen de la realidad y de nosotros mismos.

Se trata de una metarreflexión que tiene como objeto de estudio los modelos y los métodos de la cosmología, y que busca entender los límites, los éxitos y las posibilidades tratando de responder una serie de preguntas filosóficas centrales que tienen que ver con nuestras inquietudes sobre el sentido y el para qué. El libro desarrolla un profuso diálogo entre filosofía y física cosmológica y termina adentrándose en el debate teológico fundamental sobre la creación y el sentido de la vida humana en el cosmos. Porque el objetivo final del libro es la pregunta antropoteológica a modo de Max Scheler: ¿cuál es el puesto del hombre en el cosmos? Entra en el debate más actual: la inteligibilidad del universo y el problema de la conciencia; lo hace de un modo sencillo y contribuye explícitamente al debate que promete en el título: el diálogo con el materialismo y con las posturas científicistas, desde un humanismo abierto a la trascendencia.

La primera parte trata nuestra pregunta por el sentido del universo desde la cuestión de su razonabilidad y comprensibilidad para la mente humana. Afronta el concepto mismo de cosmos y si los diversos fenómenos de la naturaleza se hallan integrados en una totalidad ordenada y accesible al entendimiento humano; la cuestión de si el universo responde a la pregunta de su razonabilidad o si, por el contrario, es un caos ininteligible. Recorre las teorías o modelos cosmológicos que afirman una y otra cosa y las pone en debate.

Después se hace la pregunta epistemológica desglosada en otras tres: ¿la cosmología puede ser considerada en rigor disciplina científica? ¿Cuál es el auténtico objeto de estudio de la cosmología? ¿Qué papel desempeñan los supuestos y postulados filosóficos en los modelos cosmológicos? Trata de enmarcar epistemológicamente la cosmología física en el marco de las ciencias naturales, para lo cual la sitúa en debate con la filosofía. Su método para avanzar en el cometido es la pregunta, por eso se cuestionará si es verosímil interpretar los modelos como descripciones de la verdadera forma de ser del universo, o como construcciones esquemáticas hipotéticas con las que buscamos unificar ciertos datos dispersos.

El siguiente paso es entrar en el contenido de la discusión atacando los grandes temas del debate: lo enigmático de las leyes de la naturaleza de nuestro universo, el llamado «ajuste fino» de dichas leyes, que hace posible la vida en el cosmos. Recorre los distintos intentos de explicación, las clásicas y las de moda: la hipótesis del multiverso, la limitación de los posibles escenarios del multiverso para explicar las peculiaridades de las leyes que lo rigen; la hipótesis del universo infinito espacialmente, que serán objeto de las críticas más afinadas. El autor considera que se trata de una «expresión forzada de un viejo arquetipo cosmológico en el lenguaje de la ciencia de nuestros días: el arquetipo del **eterno retorno**, en su variante espacial». Este punto resulta muy interesante porque desbarata las tesis filosóficas que predominan en el inconsciente colectivo por la influencia de Nietzsche y Heidegger en la filosofía «popular».

Y, por último, el desarrollo académico más importante a mi parecer es el dialógico entre cosmología y la teología natural. El autor, tras concienzudas reflexiones, más fácilmente comprensibles que las expuestas en otros de sus libros, llama la atención sobre la interesante consistencia que se da entre la concepción teológica del universo como un objeto racional y orientado a fines y la imagen del cosmos que resulta de la cosmología actual. Este debate entronca con el centro neurálgico de nuestro interés: la cuestión del lugar del ser humano en la imagen del mundo que nos ofrece la cosmología física de nuestro tiempo.

La apuesta de este capítulo resulta reconfortante por la sintonía de sus conclusiones, con una visión del cosmos y del papel del hombre en él compatible con la teología al uso.

Mantiene un buen discurso crítico con los modelos cosmológicos que disfrazan de ciencia hipótesis y modelos especulativos de carácter filosóficos que están de moda en los medios y que tratan de sostener la no necesidad de incluir la hipótesis de un Dios creador para explicar el cosmos. Recorre la aportación de los mitos de la creación egipcios, babilónicos, persas, griegos y bíblicos, y reabre el debate mil veces acometido de un Dios creador frente a un demiurgo organizador de una forma bella y didáctica, y respetuosa, que trata de poner en el debate la perennidad e intemporalidad de la pregunta por el origen, la irracionalidad o racionalidad del universo.

Muestra las intenciones dialógicas, y nos avanza las aportaciones de las Escrituras a las mitologías contemporáneas. La irrupción de un *logos* ordenador del caos primordial nos habla de elementos novedosos a partir de los cuales fomentar el debate: el universo será un objeto, será racional, habrá sido diseñado en función de unos fines, puede entenderse el universo como una totalidad con sentido.

Otro aspecto interesante es el recorrido por un breve esbozo histórico por la cosmología que sintetiza los modos y maneras en los que se desarrolla el pensamiento humano en busca de la verdad hasta llegar al método científico. La búsqueda humana abarca todos los campos del saber ancestral, mitológico, precientífico.

También resulta interesante cómo en su esbozo de la cosmología, desde Newton a Hawking, nos muestra un recorrido por un elemento no tenido en cuenta en las pretensiones científicas: la importancia de los prejuicios, las emociones y los gustos de las comunidades científicas en la determinación y aceptación de sus teorías, que toda la filosofía de la ciencia ha reconocido desde siempre, pero que parecía contaminar la pretendida neutralidad y asepsia de la investigación científica. En la página 39 habla de la ciencia como ideología a través de comentarios de ciertos científicos que presumen de serlo y que no diferencian entre las inferencias de su método y las afirmaciones filosóficas.

En la página 145 el autor, en el contexto de un debate entre Davies y un elenco de defensores del multiverso, nos recuerda que sus ideas no son meramente especulativas, sino que está trabajando con el profesor Alfonseca en investigaciones «con autómatas celulares que generan estructuras complejas, y que refuerzan la idea de que las leyes de nuestro universo son mucho más sencillas de lo que cabría esperar si habitáramos en el multiverso matemático».

El último capítulo acomete el tema motivador del título del libro, «el debate» por excelencia. Lo hace con prudencia y respeto porque: «El tema de este capítulo es realmente delicado y difícil, puesto que cualquier exploración de los asuntos relacionados con la teología natural implica tematizar la alternativa entre teísmo y materialismo —o “naturalismo”, que es el nombre que el viejo materialismo acostumbra a emplear en nuestros días—. Y esa no es una alternativa cualquier del pensamiento, sino la encrucijada más decisiva del mismo, la primera de todas, y la que marca más profundamente todo el pensamiento posterior» (pp. 171 y ss.).

Nos advierte de la carga emocional que este debate presenta porque la escisión del mundo es, de momento, insalvable: «Por una parte tenemos experiencias de lo material, o corporal, y por otra parte tenemos experiencias que suelen denominarse mentales (pensamientos, intenciones, planes, monólogos y diálogos, etc.). La diferencia entre las características de ambos grupos [...] fenómenos es tan tajante, que no hay conceptos comunes entre ellos. Si a veces puede parecer que hay alguno —por ejemplo, cuando se emplea el concepto de fuerza, tomado de la física, en el ámbito mental— un análisis más cuidadoso mostrará que se trata de una simple traslación metafórica, y no un puente real, unívoco. Ahora bien, ambas familias de conceptos nos proporcionan, por así decirlo, la caja de herramientas del pensamiento» (pp. 175 y ss.). Pero esta dificultad no echa para atrás a nuestro autor, sino que lo anima a entrar en la temática de la teología natural, aunque advierta que «encierra el peligro de desatar polémicas que no siempre se van a desarrollar en un tono académico». ¿Por qué entonces arriesgarse a ello en un libro como este, que no se propone más que una pacífica presentación de los temas filosóficos relacionados con la cosmología? La respuesta es que una presentación de dichos temas no puede soslayar por completo la temática teológica, salvo al precio de ocultar aspectos muy significativos de los mismos. Pero se apresta a asumir los riesgos del debate, porque

crea —y cita para ello a Ratzinger (p. 179)— que «la realidad se presta más a ser concebida como inteligencia que como materia», por lo que es esperable que sea racional tanto la subjetividad humana como la objetividad natural.

Soler no cae en la trampa de mezclar indebidamente ciencia con teología. Así, por ejemplo, evita que caigamos en la tentación de aprovechar los descubrimientos de la ciencia física para trazar puentes indebidos con la teología: es el caso de la teoría de la gran explosión y la relación que algunos quieren defender con la creación. Soler nos disuade de esta tentación recurriendo al relato de la enmienda que le hizo el gran físico y sacerdote Lemaître al papa Pío XII para que evitase este tipo de confusión, y estableciendo un debate crítico con Hawking acusándole de confundir creación con principio, de usar un concepto de creación acomodado a sus tesis, y de confundir *ex nihilo* (de la nada) con *post nihilium* (después de la nada).

En el penúltimo de los debates, a partir de la famosa discusión entre Frederick Copleston y Bertrand Russell, repasa todos los argumentos que se han esgrimido en torno a si el universo tiene una causa, si esa causa es Dios, o si Dios tiene que tener una causa allende él mismo, como si Dios fuera una cosa.

El último capítulo es el más interesante desde el punto de vista antropológico: «[entre] los conceptos mentales y los conceptos físico-materiales se abre un abismo que ninguno de los mil y un intentos realizados hasta la fecha para “naturalizar” la conciencia ha podido salvar» (p. 211). La conciencia sigue siendo un problema de intrincada solución que hasta ahora solo ha obtenido soluciones ideológicas, desde preconcepciones previas que les hacen decir a los que llaman ciencia cosas que tienen un origen subjetivo. El tema es una cuestión abierta para la ciencia seria.

Con una gran prudencia y modestia Soler concluye el libro afirmando lo evidente con sencillez: tal vez debemos replantearnos ser *imago dei*. Dos argumentos sencillos tratan de recoger el recorrido del libro: «El primero nos llegaba del dato del ajuste fino de las leyes y las constantes de la naturaleza, y sobre todo del fracaso de los diversos y reiterados intentos de explicarlo sin recurrir a la idea de diseño. El hecho de que el cosmos posea una estructura de leyes y constantes tales como si hubiera sido concebido para generar del modo más sencillo posible la mayor diversidad de seres complejos, alcanzando incluso niveles de complejidad como los del cerebro humano, constituye, hoy por hoy, una invitación a pensar en una inteligencia en la naturaleza. Podemos aceptar o rechazar esta invitación, pero no podemos negar que la idea flota en el ambiente. El segundo indicio lo hallábamos en la sorprendente capacidad de la inteligencia humana para entender la dinámica de la naturaleza en estados que poco o nada tienen que ver con las condiciones ambientales en las que surgió. La “irrazonable efectividad de las matemáticas” —por usar la feliz expresión de Wigner—, y concretamente de la física matemática, nos habla de una sintonía profunda entre nuestra inteligencia y el modo de ser de la naturaleza».

BARAHONA PLAZA, Ángel Jorge

Universidad Francisco de Vitoria (UFV)
Madrid (España)